

Dr. Agustín Cueva Tamariz.

## Semblanza Biotipológica de Manuel J. Calle

Difícil es trazar una semblanza o un perfil biológico—doble y atrevido intento el mío—del inmenso periodista Manuel J. Calle. Hay tanto en su vida de desordenado y fragmentario, de flaquezas y deficiencias, de raras virtudes y brillantes facultades, que sólo un gran espíritu crítico, acaso, podría hacer resplandecer aquella especie de biografía novelada que fué la vida de aquel insigne periodista de América, que alcanzó las regiones de la más alta agudeza espiritual y que le da derecho de primogenitura para figurar, nimbado de luz, en las hojas doradas de la gloriosa historia del periodismo americano.

Hubo en Manuel J. Calle, mucho de héroe, esto es, el trabajador idealista, el hombre visionario de acción, el revolucionario ardiente, cuya figura se destaca con un relieve bélico y un fulgor juvenil de aventurero iluminado.

Incapacitado por temperamento innato para aprender a balancear presupuestos, y en medio de aquel ostracismo de la fortuna, o boicoteo económico incomparable, de la más cruel inclemencia, de la bohemia y del desbarajuste, llevando la vida como una condenación, supo representar, no obstante, Manuel J. Calle, con la frente erguida y fuerte como un anacoreta, algo así como el doctorado de la pobreza, desafiando sin humillaciones, adulacias, ni arrastramientos, aquella tempestad financiera que, en aquellos días agrios, le redujera a una lamentable condición de penuria económica, demostrando, siempre, aquel desprecio caballeresco por el dinero, que tanto desprendimiento dió a su vida tan plagada de zozobras, de fracasos y de amargas.

Su existencia rara, inconfundible y única, tan llena de

andanzas viscosidades miles, se presenta a los ojos de la posteridad, bordeando el mundo de lo anecdótico, de la fábula o de la leyenda.

Pero a pesar de sus flaquezas, taras orgánicas e inmensas lagunas de su alma, sale al fin bien librado en el balance definitivo de la posteridad, por la fuerza de su talento, de su elocuencia persuasiva de polemista infatigable y su gran poder de sugestión que se irradiaba poderosamente a través del ambiente pequeño, estrecho y mezquino, saturado de una atmósfera retardataria, sobre el mismo que hacía descender la carga eléctrica de su mordacidad, como un cauterio.

Acaso su mejor elogio se haga estudiándolo al hombre. Porque todo un hombre fué Manuel J. Calle, hasta en la flaqueza de sus días de miseria y de abandono.

### El abandono furtivo

Venido de una ecuación social humilde, extralegal, en donde el Estado rompe la relación jurídica de los hijos de tales uniones, como manifestación de arcaísmo y de crueldad, desarrollada contra seres que, cuando vienen a la vida del derecho, se hallan en un estado de verdadera indefensión. La extralegalidad generadora que aun obliga al progenitor a olvidarse de los lazos naturales para pensar que, además de sexo, tiene corazón y cerebro y obligaciones supremas que cumplir.....

Venido de esa face sexual que Jimenez de Asúa llama, discreta y elegantemente, *desdoblamiento del amor*, en la que la repercusión inmediata, por lo menos, es el abandono de los hijos, Manuel J. Calle tuvo que sufrir, desde los primeros días de su existencia, la carencia desolada de un ambiente de paz, de sosiego y de alegría, y su espíritu huérfano del amparo paternal, no pudo moldearse en el crisol de la quietud que crea y dignifica, siempre batallando entre las turbulencias que hacen perder al alma del niño la claridad de agua de fontanal que ella trasunta.

Y ese rechazo amargo del engranaje social, por la ilegalidad y humildad de su origen, y ese abandono furtivo de su niñez desvalida, influyeron definitivamente en el desenvolvimiento somato—psíquico de su personalidad: la miseria fisiológica como colorario de la miseria económica y la amarga concepción acerca de los hombres y de la sociedad imperativa e injusta en sus prejuicios, contra quien lanzó siempre los dardos envenenados de su mordacidad y de su iracundia

Al correr de los años, y cuando esa obra del instinto o

del amor, dejó de ser un niño, para llamarse hombre: cuando Calle impuso su personalidad de escritor y su figura trasponía las fronteras del ambiente, su progenitor, más por vanidad y orgullosa complacencia, que por reparar las injusticias del abandono, quiso reconocerlo ante la Ley. Pero el hijo le respondió acerbamente, con explosiones de sarcasmo, que no era la hora de actitudes reparadoras, como si se dijera póstumas: que Manuel de Jesús Calle, el niño sin amor y sin caricias que ambulaba por el arroyo, dejó de existir; que ahora, él, *Ernesto Mora*, no aceptaba la paternidad adoptiva de quien no había sabido ser, en la hora de las grandes reparaciones, ni amante, ni padre!.....

Sólo de pensar en su risa sardónica y en la satírica alacridad de su respuesta a esta tardía restitución, se siente el ánimo justiciero invadido por fruiciones inefables.....

Y Don Antonio Aguilar, el padre de Manuel J. Calle, fué un hombre de talento que ostentaba, a primera vista, una cultura nada vulgar y un concepto profundo de las cosas y de la vida. Fino y penetrante conocedor de hombres a través de una ruda filosofía nutrida de experiencia, revelaba ante todo, un espítitu satírico, humorista, el mismo que lo transmitió directa y dominantemente a su hijo.

Recuerdo que, en cierta ocasión, oí de sus labios una despanpanante respuesta a una incitación que le hiciera un Ministro de Estado que había llegado, en misión oficial, hasta muy cerca de sus propiedades en el Cantón Paute. Quiso el Ministro conocer al padre de Manuel J. Calle y lo mandó llamar; el anciano, huraño y esquivo, le hizo decir que a quien pretendía conocer era nada más ni nada menos que él Don José Antonio Aguilar, y no un ejemplar zoológico raro.... Festejamos la contestación algo brusca del hombre mordaz, recordándole al Funcionario la actitud similar de Danunzzio con Zoiza y Reilly, cuando este último pretendía hacerle una *interview*, contestándole, airado, Danunzzio: "No soy una bailarina".....

### **Precocidad enfermiza**

Desde sus primeros años, el niño Manuel de Jesús, revela una inteligencia viva, despierta, curiosa de todo. Aprende con asombrosa facilidad y prontitud y pasma sobre todo su prodigioso desarrollo némsico. Sorprende por la rapidez e ingeniosidad de sus observaciones. Se revela con impetuosidad si se pretende domidarle, y entonces, sus cóleras son terribles,

pero fugaces.

Adolescente aún, lanzaba sus dardos de ingenio contra sus compañeros, burlándose de ellos con ironías punzantes, revelándose, desde allí, la fuerza irresistible de su ingenio en que habría de sobresalir más tarde. Revélase en todo: afectividad, emotividad, tendencias e inclinaciones, como un típico caso de precocidad.

Y la precocidad en el niño, lejos de constituir un genio en miniatura es, en muchos de los casos, como lo comprueba hoy la ciencia, una tara que tiene en potencia un mal futuro y trágico. Raros son los niños precoces que han podido llegar a una ancianidad gloriosa. En la mayoría de los casos se han malogrado en plena juventud, dejando una estela luminosa, en las letras, en las artes, como manifestaciones preferidas de la precocidad.

La tuberculosis, sobre todo, hace estragos en los niños precoces. No quiere decir esto que sea en forma absoluta, pero es un punto de estudio y un toque de atención para el diagnóstico retrospectivo de la constitución somatopsíquica de Manuel J. Calle.

Es menester apoyar la realidad del carácter enfermizo de la precocidad infantil de Calle, en hechos rigurosamente científicos. Y no pudiendo llevar al análisis del laboratorio las fibras de su carne inquieta, dinámica y febril, hay que aceptar el diagnóstico, ya hecho, del morbo que lo llevó al sepulcro y lo acompañó cruelmente en los días de su vida.

El problema de la herencia en la tuberculosis ha sido extensa y apasionadamente debatido por los hombres de ciencia e investigadores de todo el mundo. Unos sosteniendo que la tuberculosis puede ser heredada, otros negando dicha posibilidad. En cierta época, con el descubrimiento del ultra-virus tuberculosos, se creyó que quedaría resuelto el problema. El Ultra-virus resultó una forma especial del bacilo de Koch o tuberculoso, que debido a su extrema pequeñez escapa a la observación directa del ojo humano, por lo menos con los medios ópticos existentes, y además tiene la propiedad de atravesar los filtros más finos, cosa que no sucede con el verdadero vacilo de Koch. Este hecho hizo pensar que cabía la posibilidad de que el ultra-virus puede pasar de la sangre de la madre, por intermedio de la placenta, al feto, y de esta forma el futuro niño heredaba la enfermedad en estado latente o dormida, para, en un momento dado, estallar en forma tangible. A pesar de todo, la opinión actual más generalizada es que la tuberculosis no se *hereda*, cuando más el hijo de madre o padre tuberculoso, viene al mundo con una cierta

predisposición a adquirir la enfermedad. Si se hace luego un tuberculoso, es debido a un contagio posterior al nacimiento.

No voy a ahondar aquí en detalles a esta cuestión, ni hablar de la controversia y encontradas opiniones respecto a la vía de introducción del vacilo en el organismo humano; pero es evidente que el germen tuberculoso —ya sea heredado o ya sea adquirido por contagio y desarrollado en un terreno preparado por la penuria del ambiente y la miseria fisiológica en la que se desenvolvió la niñez desamparada de Calle— se hallaba acantonado en su organismo y tendiendo a su evolución ulterior.

Tomando como un guía seguro a un gran pediatra americano, el doctor José Carlos de Lío, hay que aceptar que los niños heredo-tuberculosos, o tuberculosos latentes, presentan un desarrollo físico que puede, a veces, ser catalogado de normal. Nada hace pensar al verlos que son verdaderos tuberculosos en potencia. No sucede lo mismo con la inteligencia y los sentimientos afectivos, donde se observa una precocidad manifiesta y simultánea que siempre llama la atención y gusta a los que le rodean. Su inteligencia es rápida y despierta y se interesa por todas las cosas, revelando una sutilidad, y en ocasiones, una facultad de observación y un sentido crítico tan agudo, que hacen de ellos, verdaderos *niños terribles*.

También puede suceder —y este es el caso de Manuel J. Calle— que el niño sortee el peligro que lo amenaza, desde el interior de su propio organismo, y entonces alcance la adolescencia y aun la edad adulta, pero con un hábito, a la vez físico y psíquico, especial que no escapa a un observador prevenido que intente un estudio biotipológico de la personalidad de este insigne periodista: aspecto linfático, delicado y débil, con el contraste evidente entre la poca actividad y el desarrollo muscular y el gran despliegue intelectual, llamando la atención su inteligencia precoz que a sombra.

Está comprobado, además, que en estos precoces intelectuales, por otra parte verdaderos tuberculosos latentes, es donde se encuentra con mucha frecuencia a artistas de todos los géneros: literatos, poetas, periodistas, pintores, etc., etc., que han sobresalido por su genio. Parece como si la tuberculosis concediera la necesaria finura de percepción de las sensaciones que es el origen de toda manifestación estética. Así es como se ha podido comprobar que músicos, dibujantes, periodistas, literatos famosos, han demostrado poseer, muy a menudo, una tara tuberculosa. Como ejemplos clásicos y conocidos de la aparición precoz del genio artístico, debido al virus tuberculoso, aparte del caso tan común de Chopin, se hacen resaltar a

Shiller, a Wateau, a Mauricio Guerrin, Samain, etc. Precoces célebres y tarados tuberculosos, estudiados con fina penetración por Laignel-Lavastine, y a los que podría sumarse el fecundo polemista e insigne escritor y glorioso periodista, Manuel J. Calle.

### **Perfil somático.**

Las muchas descripciones morfológicas que hicieran de Calle, quienes estuvieron tan cerca de él en sus días de bohemia y de amargura, así como los pocos escritores que han hecho una semblanza del periodista, confirman las características de degeneración orgánica que llevaba Manuel J. Calle sobre su estructura somática.

De estatura muy pequeña; endeble, raquítico, cuello largo y delicado; torax aplastado o retraído, con salida de los omoplatos; facciones vulgares y angulosas, en las que ponía una nota de aguda fealdad el estrabismo convergente de sus ojos puntiformes y brillantes. Su frente se prolongaba en una cabeza de occipucio prominente, con tendencia a la dolicocefalia; la tez pálida, con escaso desenvolvimiento piloso. Rasgos morfológicos, éstos, que constituyen un auténtico espejo de la debilidad y de la preversión nutritiva del organismo, resultado evidente de influencias hereditarias —distrofia heredo-tuberculosa— y malas condiciones de vida, tanto en su infancia como en su adolescencia y en su edad madura.

“Varón todo espíritu —dice Alejandro Andrade Coello— provocaba la ilusión de que se hubiera evaporado con un sople. De baja estatura, blanco de marfil, escaso de cabello y barba, bizco, delgaducho, cuerpecito enclenque, cuando zigzajeaba por las calles se hubiera barruntado que no está caminando, sino que se desliza. No marchaba recto nunca: sesgueaba suavemente, iba como de lado. Mantenía el estrabismo en constante actividad a sus ojos. Tan afinado como su cuerpo cenceño, su infantil metal fonético....”

Quienes amargaron su vida, trataron hasta de empequeñecerlo, puntualizando sus defectos físicos; y así, una publicación de la época, decía: “....el maldito tiene una lesión bien marcada y fué en sus ojos; su cara nos está diciendo: viéndolo non viden .. intelligiendo non intelligo; qué alma será de este pobre bellaco, que tan bellos ojos tiene....”

### **Tipología.**

La morfología, constitución y temperamento de Manuel

J. Calle, es preciso estudiarlas partiendo de una base endocrina y humoral. Y en este sentido, las perturbaciones endocrinas, resultantes de la alteración funcional de una o más glándulas de secreción interna, se caracterizan no solamente por la ausencia de las hormonas específicas, sino también por modificaciones del sistema neuro-vegetativo y del psiquismo superior.

Los admirables estudios endocrinológicos de estos últimos tiempos, han corroborado las nociones que ya poseíamos referentes a la acción de las diversas glándulas de secreción interna sobre el desarrollo del esqueleto y de la morfología general. Hasta poder afirmar hoy que el crecimiento, “ese gran misterio de la vida”, como afirmaba Gley, no tardará en ser una conquista de la ciencia. La misma belleza física que no es, al fin y al cabo, más que la expresión de una morfogenia equilibrada y perfecta, sería, en último análisis, consecuencia de la correlación de ese trabajo hormonal.

Entre las glándulas de secreción interna que influyen poderosamente en el desarrollo del esqueleto, está la *hipófisis*, para producir alteraciones como el gigantismo y la acromegalia, en casos de hiperfunción de esta glándula, o, por el contrario, enanismo o pequeñez de la talla por trastornos hipofuncionales.

Además ejerce esta glándula una influencia sobre un gran número de procesos nerviosos, dada la situación anatómica en la vecindad de los centros del metabolismo, en el mesencéfalo. También ejercen su acción en el fenómeno del crecimiento y desarrollo, las *paratiroides*, por la actividad en el metabolismo del calcio.

Me detengo en el proceso endocrino de estas dos únicas glándulas, por cuanto son estos dos órganos de secreción interna, los que influyeron, con su actividad hipofuncional, en la constitucionología somática y, por ende, temperamental y caracterológica de Manuel J. Calle.

Efectivamente, entre las variedades constitucionales establecidas por Pende, se encuentra la *hipo-hipofisaria* o hipopituitaria y la *hipo-paratiróidea*, que corresponden exactamente a la variedad temperamental y morfológica de Calle, revelada por las siguientes características: debilidad muscular, talla reducida, acromicria—alteraciones regresivas al nivel de las extremidades: manos y pies pequeños—huellas raquíticas, palidez facial, hipercinécia, hipocalcemia, infantilismo; esto en la esfera somática, y en la temperamental: desarrollo intelectual precoz, hipersensibilidad afectiva, inquietud psíquica, impulsividad, escasa formación ética, tendencias agresivas, dipsomanía.

Hábitos todos estos que concuerdan con las características establecidas y reveladas en forma tan clara y auténtica a través del cuerpo y del espíritu de este hombre genial.

Y si se pretendiera seguir las direcciones tipológicas de Kretschmer, se encontraría que el tipo corporal de Calle, corresponde al displástico en su variedad hipoplástica e infantil, que aunque no encuadra dentro de los tipos psicológicos aislados por el autor alemán, o sean cicloide y esquizoide, si tienen algunas particularidades susceptibles de correspondencia con el tipo ciclotímico, en algunos de sus rasgos, a saber: comunicativo, animoso, cálido humorista; lo mismo que su tendencia a relacionarse con el mundo exterior—el periodista—o sea la *extraversión* de Young, o la *ecotimia*, de Forel: resonancia en él de los fenómenos afectivos de los demás, propia del temperamento cicloide.

Además, hoy se cree posible que las alteraciones humorales consiguientes a los excesos o insuficiencias glandulares, actúan sobre el equilibrio coloidal de los humores. Por ejemplo: las variaciones calcio-potasio, a que actualmente tanta importancia se da en el estudio de estos fenómenos, es muy probable que estén sujetas a reflejos endocrinos.

Y, efectivamente, uno de los síndromes llamativos dentro de la abundosa patología de Calle, fué el de la intolerancia o anafilaxia que presentó siempre a la medicación quínica, frecuentemente intentada contra la infección palúdica contraída en Guayaquil, la ciudad que le acogió en su seno con el calor de hogar y de trópico. Proceso alérgico este, en el que el factor desencadenante, bien pudo ser el hipopararatiroidismo, el que alterando el equilibrio calcio-potasio, por disminución del primero—alcalosis—producía la explosión anafiláctica, ya que “los factores endocrinos actúan en las etiologías de los estados alérgicos, de un modo indiscutible” (Rocha).

### **El complejo de inferioridad.**

Todo hombre, cuando empieza su vida, experimenta a la vez sentimientos de inferioridad como de superioridad. Durante el proceso del desarrollo, estos sentimientos, firmes pero contradictorios, poco a poco se van modificando hasta que se funden en una apreciación normal del mundo, en la que el individuo reconoce tanto su capacidad como sus limitaciones, se aprovecha de ambos y logra el equilibrio representado por la madurez emocional.

Muchos son, sin embargo, los que no alcanzan este equilibrio, sino que se dejan arrastrar en una dirección o en otra



y se convierten en víctimas de sus complejos.

Se da el nombre de *complejos* al conjunto de ideas relacionadas entre sí e intensamente matizadas por la emoción. Debido a este tono emocional, se crea en el individuo la tendencia a referir e incorporar a esos complejos, ideas originalmente independientes, de diversas clases.

El complejo de inferioridad se observa con mayor frecuencia. La idea no es nueva, pero en los últimos años se ha convertido en parte del vocabulario común. La expresión *complejo de inferioridad*, designa generalmente un estado normal o patológico que conduce al individuo a despreciarse a sí mismo, le vuelve exageradamente sensible y le hace adoptar una actitud despectiva frente a los demás.

Tal complejo de inferioridad pudo haber tenido origen en algún defecto físico, o proceder de las condiciones desventajosas del medio en que se nació, de la humildad social familiar o de ambas cosas.

Una vez arraigado en la personalidad, dicho complejo molesta profundamente a quien lo padece: reacciona entonces biológicamente a fin de librarse de ese sentimiento. Si no lo consigue por medios conscientes y apropiados, encontrará algún método inconsciente de mejorar su situación. Lo común es que quien lo padece este complejo, trate de evadirse por medio de compensaciones, esto es, por medio de alguna actividad mental que le dé la sensación del propio valer y le permita olvidar su sentimiento de inferioridad.

En la vida de Manuel J. Calle se revela un auténtico complejo de inferioridad, originado, por una parte, por los defectos físicos de su contextura somática: fragilidad, debilidad, pequeñez de talla, estrabismo visual, rasgos fisiognómicos nada atractivos, en suma, deformaciones orgánicas susceptibles de convertirlo en víctima de constantes burlas por parte de sus compañeros de infancia, y hacer desarrollar un complejo de esta índole; y, por otra parte, por las condiciones deprimentes y desventajosas de su origen humilde, oscurecido entre paños rojos de rubor y mantenido entre la sociedad con discreteos de escrúpulo, lo que le hace sentirse no igual a los demás. Le hace falta algo que ellos poseen para sentirse feliz en su vida familiar; le falta el calor del nido para el brote alado de los sentimientos compensadores de su ecuación vital.

Y, por eso, Calle, el hombre pequeñito, enfermo y adolorido, a pesar de aparentar lo contrario, tuvo miedo a la vida, la que fué hostilmente dura con él, desde su primer sollozo en la cuna, hasta el postrer suspiro en el único mo-

mento de justicia que existe para los humanos: aquel en que se abandona la vida. Miedo a sí mismo; miedo al sexo, porque nunca admitió, por ejemplo, que se sentía incapaz de encontrar un cariño en la vida: inventó un sin fin de pretextos y así buscó toda su existencia a la mujer ideal haciendo lo posible por no encontrarla y llegando tarde para hacer un hogar, demasiado tarde, a la hora undécima del crepúsculo que se apagaba.....

Y, luego, su actitud universalmente despectiva hacia los demás, ya manifiesta desde sus primeros años, cuando, en revancha contra sus condiscípulos, lanza el aguijón candente de su burla, prorrumpiendo en la carcajada de quién, guardando recato de sus sentimientos de desvalorización, quiere fingir la risa despectiva de una fingida importancia. Por eso vertía el chorro brusco de una glacial ironía; por eso sus arranques de amistad se tornaban bruscamente en dureza ficticia; por eso dominaba la ternura de su mano y esgrimía su pluma—látigo implacable—como una represalia.

Y más tarde, en la agresividad de la senda, en la maleza de su fastidio, su evasión por las rutas fantásticas del etilismo que, lentamente, había de cortar la tormentosa hebra de su trágica existencia; esa fuga hacia el horror de los caminos oblicuos y de los bajos fondos; esa máscara de alegría y de comedia que ocultaba el rictus de su dolor; y, por último, su misma actividad mental: de prisa, de apremio, de urgencia, de diarista fogoso y combatiente, sólo trataban de esconder, por un mecanismo compensador, el sentimiento íntimamente doloroso de deficiencia, de inadaptación y de inferioridad que le acompañó morbosamente en toda su existencia.

## **Erótica y Sexualidad.**

El *eros* es amor a algo bello. Pero no simplemente amor al arte o amor a la idea, sino en primer término, a una belleza viva. Un íntimo temblor, la adoración de algo elevado, por encima de la apariencia, una profunda timidez, caracterizan al *eros*; el deseo de contacto es reprimido asperamente. El adolescente se contentaría años enteros con sólo contemplar y admirar el objeto amado desde lejos. El canto supremo de esta contemplación y de este temor es la *Vita Nuova* del Dante. Beatriz es para él más que una amada terrenal. Cuando Platón cuyo nombre ha dado justamente la humanidad a este amor, pinta los diversos destinos del corcel noble y del corcel innoble que forman, unidos, el tiro del alma, a la vista de la belleza, simboliza también con esto las

diversas formas de vivencias entre el eros y el amor sexual.

Y esta forma de amor predominantemente psíquica y de carácter estético, sin apatencia de goce o de posesión real, con un objeto intuitivo, ya sea dado como real o ya sea sólo imaginado, es la única que aparece en los días de la adolescencia y de la primera juventud de Calle.

“A los veinte años, ya en sazón para la vendimia, el alma quiere desgajarse hasta lo inevitable; pero la de Calle mantiénese en extraña indecisión, flotando en un vacío que nada puede llenar, ni siquiera el amor —¡tan dadivoso en esa edad— porque su amor ondula con tal incertidumbre, que él mismo no acierta a describirle en esta canción lánguida enhebrada de presentimientos:

Es mi amor, amor de un día  
que se inflama, viene, vá  
buscando algo infinito  
sin saciar su ansiedad.

Así la llama acreciente,  
así las olas del mar,  
campo inmenso. nuevas playas  
siempre, siempre buscarán.....!”

(Víctor M. Albornoz, en su estudio *Manuel J. Calle, poeta romántico*, publicado en EL UNIVERSO de 4 de setiembre de 1939.)

La erótica y la sexualidad están rigurosamente separadas para la conciencia de Calle. La sexualización de lo erótico, destruye el amor ideal, y a la inversa, aún no logra la plena erotización de lo sexual. Prueba de que, justamente, el lado sexual no ha llegado todavía aquí a la plena madurez. Permanecer en esta separación, llegada la edad madura, como lo fué Calle, representaría siempre un obstáculo a la evolución de la personalidad total, a una escisión que no puede llamarse sana. Y esto induce a comprender que el sentido más central y más normal de la naturaleza sólo se completará cuando se unan ambas cosas, la fusión de las almas y la unión corporal, en el misterio de la generación de una nueva vida.....

Y a esta compenetración, a esta consubstanciación de lo erótico y lo sexual, nunca llegó la vida fragmentaria y desordenada de Manuel J. Calle. Siempre mantuvo separadas las vivencias de ambos aspectos: o el erotismo platónico, aun en las postrimerías de la jornada, construído con las telarañas de la

fantasía, queriendo aprisionar de las alas a esa frágil mariposa de Dora del Río, entre los recuerdos inolvidables, de implacable y fino polvo de oro, de luces y leyendas; o la sexualidad insatisfecha, venida del hastío de sus escarceos galantes, que le hacen ir hasta los bajos fondos de la crápula.

Y para luchar contra ese constante cansancio, ocurre a los peligrosos artificios del alcohol, que, al principio, alumbra con su llama azul el torbellino enrevesado de sus neuronas, haciendo fosforescer su ingenio en chispazos de luz; pero, luego, engañadora y mortalina, esa misma llama que le abrasa le ha de conducir a la máxima degeneración de su arquitectura orgánica.

Muchas veces, Calle, preso de tortura, se esfuerza por someter, con el látigo del dominio de sí mismo, aquella dipsomanía; pero siempre se ve de nuevo arrastrado—acaso por su disfuncionalismo endocrino—hacia el tenebroso peligro. Diez, doce, quince, veinte años de lucha contra la fuerza magnética e invisible de una inclinación incurable, quebrantan sus nervios distendiéndolos en una sola convulsión; goce sin placer, vergüenza que ahoga, y, poco a poco, su mirada se hunde oscurecida y tímidamente oculta en sí mismo, ante el fracaso de su vida, que le da hecha su propia pasión. Y esa atmósfera de su vida, vidriosa y transparente, concluyó por apartarlo de la sociedad y hasta en el retiro de su cuarto de trabajo, hurañamente cerrado, se sentía espiado y desenmascarado.

Siempre se vió obligado a dividir en dos su sentimiento: reservaba una parte para las relaciones elevadas, formadas por dulces aspiraciones e idealismos románticos, y la otra se hundía en los bajos fondos, en los pobres placeres, llenos de atroces peligros, por lo general terminando miserablemente en un *chantage*, y dejando cada uno de ellos durante semanas una huella viscosa como la de una babosa de glacial espanto. Un mundo subterráneo de tabernas, de pesadas exhalaciones y de vergonzosas aventuras, que se desarrollaban en la penumbra de linternas vacilantes.....

Jamás aquel corazón torturado y angustiado había conocido la alegría de un amor completo y total que encausara su tortuosa existencia. Jamás un hombre, que ya empezaba a envejecer, había visto un afecto puro en una alma generosa y gemela que se diera a él. Y agotado por las desilusiones, con los nervios destrozados por aquellas correrías insanas a travez de campos espinosos, pensaba, ya resignadamente, que su vida era sólo una ruina.

Acaso el despeñadero por estos cauces, fué explicable por sus características psicosomáticas de hombre tímido y

retraído sexual, a consecuencia de sus defectos físicos y su escasa apariencia de varonilidad. Y esa misma actitud se extendía a la elección de sus amistades, venidas del bajo ambiente social y sus favoritos de sus horas de bohemia los extraía de las capas sociales más inferiores. Igual que sus inaccesibles escarceos galantes con mujeres de *vaudeville*, que ofrecían sus sonrisas y sus ósculos de carmín, más al crítico teatral para el réclame de taquilla, que al hombre de escasa morfología viril.

“Pobre alma de poeta—dice V. M. Albornoz—que entre los riscos de la malaventura quiebra el ala, detiene el ímpetu y sólo logra su clamor romántico, arrastrándose por las sendas de la vida, que para Calle tienen, desde el primer paso, olor de tumba, apariencia de cementerio.....”

### **Ironía en la Vida y en la Muerte.**

Toda la vida de Manuel J. Calle fué una continua tragedia, aunque rara vez el manadero de su dolor dejase arrastrar en su caudal abundoso, borbotones de risa. Su humor tenía la acedía del hombre que va a la muerte, quejándose burlonamente de su luctuoso destino.

Esa tragedia de su vida que le hace llorar a la hora del alba en un rincón tabernario; esa torva tragedia pintada por él mismo, cuando dice: “.....Me creía un modesto soldado de las libertades públicas desde que aprendí a manejar la pluma de periodista, y no he sido sino un forzado de las letras de molde, peón de imprenta a discreción de editores sin conciencia, y en vísperas siempre de quedarme en media calle, y cada vez más menguado el pan, más dura la jornada y más débil los hombros..... Me juzgaba un hombre y no era sino una máquina de escribir..... Y he aquí que he llegado a la vejez y me encuentro en las proximidades de la tumba, enfermo, desmedrado, desconocido y sólo y sin protección, como un pobre paria que puede tenderse tranquilamente en el lecho último del hospital, seguro de que no habrá para él una lágrima, mucho menos un pensamiento que le sobreviva veinticuatro horas..... Momentos crueles de mi vida, cuyo rigor no olvidaré nunca, cuando sólo por casualidad se encendía lumbre en mi miserable tugurio, y andaba por las calles arrastrándome como un gusano, enfermo, desarrapado, la escoria del mundo..... Mi crimen ha sido la pobreza y mi falta mayor haber solido morirme de hambre en silencio, al borde del festín de los transfugas y sinvergüenzas.....” Esa torva tragedia, digo, exigía la máscara có-

mica y eso es lo fuerte y duradero de su personalidad.

En aquella ocasión—en la carta que escribe a Don Eleodoro Avilés, legándole la pluma de oro que le ofrendaron seis años antes—Calle se reveló en su más absoluta desnudez. Desgarró los velos de su pecho, pronto a mostrar al desnudo su corazón palpitante, envenenado, consumido, ulcerado. Había en aquella confesión una voluntad salvaje de martirizarse voluntariamente, a la manera de los penitentes. Solamente el hombre que había sentido la tremenda injusticia, que se había doblegado ante la rudeza de la vida, podía, en semejante arranque de embriaguez desbordante, descender implacablemente hasta la despiadada confesión. Pedazo a pedazo, un hombre arrancaba la vida de su pecho y, en aquella hora, y acaso sólo en ella, pudieron contemplar sus detractores con ojos extraviados, las inconcebibles profundidades del sentimiento humano de Manuel J. Calle.

Sólo una vez en la vida podía un ser humano hablar de aquella manera a otro ser humano, y callar después su dolor para siempre, como la leyenda del cisne, que puede únicamente una vez, al morir, elevar su grito ronco hasta convertirlo en canto.

Eso que se llama humorismo es casi siempre la última mueca burlesca de los que han visto el fondo sin sentido de la vida. Sólo los ingenuos y los felices, suelen ser optimistas y elegíacos, dos términos nada contradictorios en la historia literaria.

Dice Meredith que “una prueba excelente de la civilización de un país, es el florecimiento de la idea cómica y de la comedia, y la prueba de la verdadera comedia es que ha de despertar una risa reflexiva”. Probablemente nuestro pueblo es uno de los más sensibles al espíritu cómico—acaso por la paradójal tristeza que vé en el, Benjamín Carrión—y uno de los más finos y fecundos creadores espontáneos. En pocos lugares—Quito sobre todo—la gracia popular es tan sutil y honda, tan humana y justiciera.

Y sin embargo, nada hay tan opuesto a esa fuente perenne de nativa comicidad, como lo escrito hasta ahora en este sentido. Si exseptuamos, apenas, los cuadros costumbristas, de un fino sentido de penetración psicológica de *Jack the Ripper*, o las casi totalmente inéditas producciones de *Blanco de las Cuevas* [Manuel Muñoz C.] a las mismas que puede llamárselas el “humor de inteligencia”, pocas hay tan tristes como las producciones de los autores cómicos ecuatorianos de nuestro tiempo. El ingenio y el humor han degenerado en juegos mecánicos de palabras y en situaciones

y personajes de espíritu tan vulgar y tan local o anodino, que nada de común tiene con el mundo de ideas y sentimientos que cada hombre lleva a cuestas.

Manuel J. Calle—trágico y humorista en el esponsalicio espiritual celebrado por el dolor y por la vida—fué el único que pudo despertar una risa reflexiva nacida de la cerebración consciente y no del reflejismo sensorial.

No fué sólo su pluma uno de esos espejos curvos que deforman las imágenes de las cosas, sin animarlas de ningún sentimiento, de ninguna pasión, de ninguna valorización afectiva o moral. Estuvo siempre en lo categórico, pocas veces en lo puramente anecdótico. Sus *Charlas* son el mejor espejo espiritual de la política y de los hombres de la época. Y esto se debe a su genio verdaderamente irónico, molieresco, humano y profundo, que ridiculiza tan despiadadamente, en ocasiones, hasta hacer sangre.

Acaso no fué justo del todo en sus ataques mordaces y desgarradores; talvez se dejó llevar, en alguna ocasión, de la fuerza espontánea de su estilo y de su temperamento, y fué más duro de lo que su razón hubiera querido ser, como lo demuestra un vago, pero íntimo siempre, arrepentimiento que, en ese y otros aspectos, le invadió en sus últimos años.

Pero era la figura literaria y periodística más conspicua del país, una de las más admiradas de toda la América hispana. Refluían en forma de respeto hacia él, las mismas instituciones y autoridades que tan acerbamente ponía en la pica de la sátira. Los viejos políticos temían su prestigio y le respetaban. Los literatos *a ou trance* y los arribistas intelectualoides que pretendían ver sus nombres acuñados en letras de molde, le tenían un pánico morboso; porque *Ernesto Mora* empleaba, a veces, y por necesidad, aquel terrible escarnio, aquel tono de irreparable desprecio moral que singularizaba sus *Charlas* diarias y fecundas; esa violencia ética que abre un abismo para siempre entre el flagelador y el flagelado. Sus frases eran dardos que se clavaban en la piel, produciendo un vivo escozor y hasta hiriendo mortalmente la simulada y vana personalidad de la víctima. Por eso sus anatemas y sus diatribas le acarrearón, más de una ocasión, graves contratiempos a los que respondía con su acerba mordacidad redoblada y desafiaba con la pretendida inmunidad que le daba su exigua y esmirriada personalidad física.

El oficialismo, en muchas ocasiones, le había tendido las redes de su halago anodino y empequeñecedor y quería incorporarlo a la vacía órbita de su existencia, como un posible instrumento adecuado para perpetuar la vanidad de tal o

cual figurón político; pero Calle no podía sufrir esto y ametrallaba con la carga de su burla sangrienta, hasta dejarlos empequeñecidos y tatuados, ante el tribunal de la conciencia popular.

La tragedia misma de su muerte no fué dolorosa como esas tragedias—a la manera griega—que vienen de fuera para adentro, impuestas por los dioses contra la voluntad de los hombres. La muerte de Calle fué, en cierto modo, voluntaria: la llama que le consumía la existencia brotaba de la raíz de su propio ser y le iba devorando con su propio consentimiento.—“Te vas a morir”—le decían los amigos para obligarle a atenderse y contenerse; Calle se estremecía un instante, contestaba con un improntu de su ironía y continuaba prodigando el doble capital de su espíritu y de su materia.

Porque la mayoría de los hombres viven de los intereses del capital y hay hasta quien lo aumente con los años para acabar por morir de una apoplejía; otros dilapidan los intereses y el capital, y Manuel J. Calle fué uno de estos: fué un pródigo de sí mismo, un trágico que supo extraer del fondo turbio de su tragedia, la ironía para la vida y la muerte...

### **Anarquismo aparente.**

En el ardor de la lucha, hundiendo en todas partes el estilete de su análisis constructor; denunciando siempre las plagas de nuestras costumbres políticas; buscando y atacando las fallas de los hombres y de los gobiernos, fué a menudo cruel y en veces injusto; alcanzando las más altas cumbres de la invectiva.

En apariencia demoledor inexorable, era, como muchos anarquistas, un fanático del orden, claro está, de un orden superior. Ocurre con frecuencia que los temperamentos más revolucionarios, lo son por sentimiento exacerbado de la idea de perfección, que es el orden supremo, y muchos conservadores que piensan, sin limitarse a conservar biológicamente los frutos del azar individual o histórico, lo son por no creer en la perfectibilidad del hombre, por estar seguros de que siempre habrá desorden en el mundo, llegando a la conclusión de que, desorden por desorden, mejor es el mediano presente conocido que el excelso futuro por conocer. En el fondo, todos los hombres tienen algo de anarquista, entendiendo por este vocablo, no la idea de la perfección social, utópica y ucrónica, que conciben sus doctrinarios, sino el sentido vulgar y corriente que se asigna al partidario de cualquier desorden humano. Sólo que unos son anarquistas conservado-



res o estáticos, por sostener que un orden futuro será mejor que el desorden actual, y otros son anarquistas liberales o dinámicos, por suponer que ningún desorden venidero será el peor que el orden vigente.

Calle pertenecía a esta última categoría. Su conciencia estaba abrazada de sed de equilibrio y de justicia, aun cuando nunca tuvo tiempo de presentar un programa positivo completo de acción gubernamental. Quizá era refractario a ello, porque sus cualidades hacían de él un escritor más que un estadista.

Sus ideas políticas nunca variaron en cuanto a su fundamento: se inspiraron siempre en el liberalismo y fueron muy personales, pues la independencia—y en él mereció este nombre su actitud de periodista a sueldo—de su vida privada, siempre le mantuvo alejado de los asuntos políticos y nunca pensó en ascender hasta las responsabilidades de la función política, salvo una esporádica representación congresil, que ni dió ni quitó prestancia a su personalidad.

Además desde su juventud había perdido la fé de su enseñanza confesional y religiosa de sus primeros años, sin embargo de que se complace en los ensueños de un panteísmo vago, en el concepto de un poder creador, de un principio trascendente que ama y gobierna al mundo.

Y de impío le etiquetaron por esto, y de anarquista le calificaron porque se rió de toda esa liturgia protocolar de la sociedad, que le parecía odiosa, ridícula e intolerable. Porque siempre vió en ella pesadas cargas, mascaradas grotescas y una de las formas más viles de la estulticia y del servilismo humano.

Si fué un anarquista alguna vez, lo fué para burlarse y lanzar sus dardos y proyectiles de sarcasmo contra esa sociedad teatral y aparatosa, llena de *parvenus* engomíngados y de *niños bien*, a esa sociedad que amargó muchas de sus horas de ensueño y de búsqueda de su felicidad, y de la que toda su vida se mantuvo al margen.

Y así como nunca fué un demoleedor, ni un extremista, ni un anárquico en política, tampoco lo fué en la literatura y en el arte. Más bien, todo lo contrario. Su estética en el arte y la literatura se manifiesta en su reconcentrada hostilidad a todas las escuelas modernas del arte, que advienen con retraso a nuestras playas. La naturaleza del arte, en su opinión, no puede cambiar de la noche a la mañana. Todos esos esfuerzos contemporáneos en busca de un arte nuevo, son para él, absurdos y pueriles. Hay que escribir y versificar como los grandes maestros del clasicismo. Y, por eso, el senti-

miento del tiempo le lleva al romanticismo en los temas y al casticismo en la forma. Defiende lo que existe contra lo venidero; lo que él reputa permanente contra lo mudable. Para Calle, el crítico literario, el presente y el futuro son como terribles esponjas que aspiran a borrar el pasado. La idea de evolución literaria, pugna en su temperamento literario.

De este modo, el tremendo polemista que, al parecer, fué combatido como revolucionario, se revela, a la postre, como el más conservador de los literatos de su tiempo.

¡Y cómo no habría reaccionado hoy el crítico de arte, ante los kremlines de algunos marxistas criollos, ante la metrorragia vanguardista y la gergonofasia de oligofrénicos bolchevizantes o con la invasión incoercible de esos romanceros intracendentes y relatistas aborígenes, como me expresaba, refiriéndose a la audacia literaria de ciertos grupos, un distinguido colega y literato.....

### **La trágica tarea del diarismo.**

Manuel J. Calle pudo ser un hijo lealísimo de su centuria, el siglo XIX. Se empapó de lirismo en Hugo; de escepticismo religioso en Renán; de positivismo en Compté. La influencia de algunas de estas corrientes, sobre el mozo batallador y liberal, debieron ser indirectas, pero no por eso menos poderosas y algunas indelebles. Pudo haber cultivado su espíritu en los estudios y a travez de todos los caminos. Pero, desgraciadamente, sus grandes facultades, su poderosa intuición crítica, su profundo neo-humanismo, su vasta ilustración literaria, le sirvieron sólo para la rápida y casi instantánea tarea del diarismo que, de todas las actividades y profesiones del espíritu, acaso es la más trágica.

Este carácter efímero de la obra del periodista nace no tanto de la flaqueza del esfuerzo, como de las condiciones técnicas de su trabajo. Condicionado por el espacio y por el tiempo, su labor ha de ser, por fuerza, precipitada, inmadura, abortiva. Cada artículo significa un esfuerzo integral, redondo, completo, y al día siguiente hay que buscar un nuevo tema, pasar revista a los acontecimientos del mundo, ahondar en su esencia, hacer, en suma, un esfuerzo en el que entran el estudio de la historia y de la política, la intuición psicológica, el cuidado literario y el tono de amenidad. Y todo ello condensado en unas pocas líneas, y al día siguiente, vuelta a la misma tarea! Pero la premura con que se escribe y el pie forzado de actualidad—en medio de la pequeñez del ambiente y de las miserias morales y políticas

de la época—quitan a la labor periodística las cualidades esenciales: forma y pensamiento.

Esto lo sabía Manuel J. Calle y sentía, día a día, la tragedia de su profesión. Por eso algunas veces se escapa de esta labor que entumece los resortes mentales y anquilosa el estilo, para hacer la admirable semblanza biográfica, el primoroso relato histórico o la crítica literaria, sin dejar, en esta última, de aparecer el escritor de combate que, entre toques de luz y golpes de efecto, lanza un epíteto mortal como un proyectil.

Algunos han querido ver algo así como una contradicción, en medio de la fecundidad asombrosa de la obra del diarista. Pero es raro que la conciencia de un hombre de su envergadura se escinda, como una ameba, en cada nueva generación. Tales disgregamientos del ser originario ocurre sólo en organismos y en caracteres inferiores. En las naturalezas elevadas, la esencia del individuo es siempre igual a sí misma, aunque varían sus formas y accidentes, como el camaleón. Y aún en los hombres más contradictorios, persiste su ingénita identidad, que es cierta flaqueza de la mente, para advertir el tejer y el destejer de sus pensamientos. Son Penélopes sin saberlo.

Pero, por regla general, las contradicciones humanas de Manuel J. Calle, no pasan de las apariencias. Por debajo de los cambios de la superficie, los únicos que suelen llegar a las miradas distraídas y anticríticas de la muchedumbre, hay una raíz constante, una unidad indestructible.

Esto es lo que acontecía en él, el escritor cuya vida toda fué un combate sin tregua con la pobreza y el sufrimiento, por una parte, y con las empresas periodísticas, por otra. Empresas que suponían que un periodista como tal no tiene opiniones propias. El periodista muchas veces hacía un artículo como un sastre un traje: a la medida y al gusto del consumidor, sin que para nada intervenga su parecer personal.

Y mientras las empresas se enriquecieron, el gran periodista hubo de ambular, tras largos años de estrechez, por los vericuetos de la vida, escapando a las angustias de la miseria.

Le mató, principalmente, a Calle, eso: un régimen expoliador y avaro, dentro del periodismo nacional.

Si hubiera habido una reparación póstuma que llegara a su conocimiento ultraterreno, estoy seguro de que habría celebrado acerbamente, con explosiones de sarcasmo, burlándose el trágico escritor de sus propios infortunios.

## Patología Psico—somática y el final de una vida.

Una enfermedad, que como la tuberculosis pulmonar, altera tan profundamente el organismo, forzosamente debía ocasionar trastornos en lo que es manifestación de las síntesis orgánica: el psiquismo.

Y así fué en realidad: desde su precocidad intelectual, pasando por la floración intensiva de sus facultades, hasta el esfuerzo intelectual difícil, la abulia y la astenia producida por la acción deprimente de las toxinas tuberculosas.

Las manifestaciones psíquicas que más se observan en Calle, en sus postreros años, son: la depresión mental, la disminución de la capacidad crítica y de la voluntad; la falta de perseverancia, la variabilidad en la disposición del espíritu; la tristeza—que llegaba a la hipocondría en su reclusión final—; la apatía, el recelo, la desconfianza, la irritabilidad, la incapacidad de dirigirse, los gustos cambiados y variables, rechazando de pronto lo que antes apetecía; una cierta inclinación a los actos impulsivos—muchas de sus *Charlas* fueron una reacción impulsiva psicomotora—, tendencias eróticas, abatimiento general, sensaciones de desfallecimiento muscular y nervioso que hacen que se fatigue al menor esfuerzo; pesimismo matinal, cefalea, vértigos y neuritis diversas.

Estas manifestaciones forman un cuadro completo de lo que podría llamarse neurastenia tuberculosa, la misma que oscureció más los días brumosos del periodista y le hizo ser más cruel y amargo en sus invectivas.

Vienen, después, las lesiones y los trastornos funcionales digestivos, caracterizados por la hipofunción y que se presentaron durante el curso de su tuberculosis pulmonar—anorexia, tos emetizante, gastralgias, trastornos intestinales—debidos probablemente a la absorción de las toxinas tuberculosas y a una anormal irritabilidad del neumográstrico, o como revelaciones o podromos de la cirrosis hipertrófica de Lænnec que se aproximaba a grandes pasos, para segar definitivamente la existencia pródiga del auténtico bohemio empedernido, genial e ingobernable.

Todos los que le rodean a Calle, en los últimos tiempos de su vida, están asombrados de la transformación física y moral que notan en él. Parece agobiado; tiene la piel lívida, reseca; las manos temblorosas, los ojos, en su estrabismo, más inquietos y febriles; pasa por extrañas alternativas de tristeza, de excitación locuaz, de somnolencia.....

Es el desaliento, la aproximación de la hora final; el

proceso tuberculoso en estrecho y fúnebre maridaje con la cirrosis, minando supobre organismo; las modificaciones psíquicas producidas por la acción del virus tuberculosos sobre el sistema nervioso, desde la euforia fugaz hasta la astenia y la sensación amargante y depresiva del fracaso irremediable de su vida. La visión retrospectiva de la tragedia de su existencia.

En sus últimos momentos, debieron mirar sus ojos—iluminados con nuevas claridades—antes de apagarse para siempre, que andando el tiempo, la Historia, como reliquia espiritual y en reparación de tremendas injusticias, guardaría su nombre como el inolvidable y genial periodista de América.

---